



Día Internacional del Libro y el Derecho de Autor

**GANADORES CONCURSO DÍA DEL LIBRO 2021
EL AÑO DEL CORONAVIRUS**

BIBLIOTECA MINEDUC

1° LUGAR. En Cautiverio

Luis Molina Ortega

52 años

Supervisión, Depto. Provincial de Educación de Iquique.

Pandemia

Has de la palabra cuando no era mía.

Has de la palabra plasmada en mi sombra, en mi miseria,
silenciosa y arrogante. Frente a frente,

en ese televisivo espejo,

en esa barca que atraviesa los mundos telefónicos. Has de la palabra humanidad un
sentido con el otro. Has de mi voz un antídoto de valentía.

Has de la palabra una poesía.

Ojos de Covid -19

Hoy, no quise vestirme de negro por el choque con tus ojos. No quise verte frente a frente
en ese tiempo diluido de silencios entubados,
todo gira en el pánico, en la angustia del otro. A escondidas, en refugio sin que toquen las
alarmas.

Hoy recorrí cada surco de la vida y en sus orillas abrí las ventanas del tiempo y el destino,
que sin realidad no hay olas y mareas. Que sin realidad no hay en mis oídos susurros de
ánimo. Cruce tu voz en mi garganta llena de espantos y sin máscaras.

Divinidad que transitas en las desplegadas sombras en la mesita de la sala de espera. Hoy
no fue grato recoger tu aliento y menos tu respiro que en corto tiempo desnudó mi
humanidad. Esa realidad humana efímera que se fuera con el viento soplido del destino.

Y se la llevó el viento de un mal destierro. Esos mundos paralelos, que solo se empañan
con la humedad de las rojas y blancas flores
como si fuesen el ardor de la llama y las nubes en el ara. Así descansa tu difusa imagen en
el tiempo, en ese cruce de voz en mi garganta desolada.

Y ¿Dónde están? ...

Las lágrimas de mares que interrumpen la palabra lluvia para limpiar las almas de ángeles
esparcidos en el universo. Los ritos humanos que cobijan la tranquilidad del atardecer en
las aceras de mi barrio. Las voluntades que mueven los molinos de viento para encender el
calor de las almas
reunidas. Las letras para terminar con esta pandemia que abriga silenciosamente la
humana
desnudez del mundo. Las calles que se abrieron al para abrazarnos nuevamente.

El lugar exacto

El lugar exacto para recoger discursos de gruesas líneas,
en un cuaderno que plasmó los sueños y desvelos enclaustrados por la pandemia.
El lugar exacto fue un día tras otro, revolviendo los santos de ilusiones con vernos los unos
a los otros y aún sin despertar por meses.
El lugar exacto es donde dejé dormida mi mano y mi rostro, congelados al esperar las
indicaciones de salud y salubridad.
El lugar exacto fueron los minutos y horas en el vacío albergado y en cuarentena de lo que
me trajeron sin saber de dónde.
El lugar exacto fue donde quedamos reunirnos para desahogar los dichos entubados. El
lugar exacto fue el árbol encantado y hojas liberadas.
El lugar exacto fue aquel día que nos encerramos a descubrir nuestro mundo imprudente
del alma.

Hasta siempre

Si tan solo fue ayer, Alma mía,
que despojaste de mi cuerpo los desechos humanos, que despojaste de mi destino las
luces de mi aliento. Si tan solo fue ayer,
que jugamos hacer vida con el sol y la luna, con los grillos y los gatos.
Amparados en la esquina de la puerta.
Si tan solo fue ayer, Alma mía, descolgada en una sombra frente a frente, sollozando mi
camino con esos ríos de largas aguas, de fiebre y delirio.
Si tan solo fue ayer que hablamos y tu voz se cruzó con mi voz, y fuimos uno en cuerpo y
alma sellados en el silencio.

Lo Inevitable

Sucumbido coronavirus, en mis oídos de pandemia,
aterrizan las palabras disfrazadas de noche y de día,
Ni el silencio vuela tan alto. Si por las calles de las grandes ciudades son los surcos de las
heridas venas.
No hay amanecer sin mascarilla de vida, solo los ojos que aflojan las distancias en el pleno
y helado invierno que llegó al Norte. Serán los desiertos dormidos que han tocado la voz de
esa esperanza cabizbaja, pero con
aliento a mar. Serán las vivas conciencias que abruman una ensalada de palabras de buena
crianza que
enfría las vertientes de los privilegios. Pues el destino no tiene nombres ni fama, llega
colapsado de un ángel que rompe los
silencios de la tierra. Fue la soslayada época de los destierros y confinamientos entre
moros y cristianos.
Entre almas y espíritus. Entre el silencio de espejo al otro lado del abismo.
Lo inevitable de la humanidad. Hizo que estuviéramos tan cerca y tan lejos.
Lo inevitable que entre las nubes nos descubrimos imperfectos, desnudos y sin aliento.

2° LUGAR. Si el Corona virus viniese hasta mi puerta

Jaime Ceballos Sanquea

62 años

Supervisión, Depto. Provincial de Educación de Iquique.

*“Ten siempre en tu mente a Ítaca
la llegada allí es tu destino” (C.K)*

Ahora que todos hablan de pandemia
que el miedo a la muerte corre como un virus
y el mundo huye de sí mismo

Ahora que la paranoia de la asepsia
esteriliza nuestras mentes, e irónicamente
los distantes temen acercarse

Podría ser ésta la oportunidad
para mirarnos desde lejos y reconocer
la *cuarentena digital*, que ya vivíamos

Podríamos sentarnos a pensar
en lo que hemos construido, y valorar
otros valores que no son los de la Bolsa

Ironías de la vida
esta sociedad acostumbrada a viralizarlo todo
tiene pánico de este virus con corona

Si el corona virus viniese hasta mi puerta
con la garganta apretada y el último desvarío
no dejaría de preguntarme

¿Qué ganaremos con toda esta pérdida?
¿Servirá de algo lavarnos las manos,
como quien se lava la conciencia?

3° LUGAR. Lamento

María Magali Carrasco Salgado

33 años

Apoyo a la Unidad Técnica, Depto. Provincial de Educación de Malleco Angol.

Son las 3 con 10 am; la noche ha sido difusa. He sentido temblores en mis extremidades y he sido incapaz de levantarme a caminar por mi casa. Afuera los perros no cesan su llanto, algo malo ha de venir, es lo que decía mi madre cada vez que los perros se manifestaban “esas criaturas solo sirve para anunciar que el demonio está cerca”. Respiro con dificultad, pareciera que toda la oscuridad da vueltas y yo caigo en ese agujero tan negro y desolador.

Estiro mi brazo izquierdo alcanzando las pastillas para dormir que están sobre mi velador... podría ser mejor una copa de vino y un cigarrillo, total mañana no podré ir a la oficina, esta pandemia ha determinado que, lo que yo realizo no es esencial. Nunca esperé que un acontecimiento mayor me enrostrara que nada de lo que hago es esencial.

Me recojo sobre la cama como un bulto fétido, comienzo a sollozar, siento calambres en la parte baja del estómago, me siento al borde de ella e imagino el camino hasta la cocina. No tengo valor de nada. Cierro los ojos y respiro profundamente, camino a paso lento hasta los 4 metros cuadrados de aquella cocina repugnante. Hay una montaña de loza sucia. El lavadero reclama atención ¿Cuántos días han pasado? No lo sé.

No puedo culpar a la pandemia por mi estado anímico, desde antes ya estaba averiada, sola y borracha. Solo que antes, tomaba mi auto y me escapaba a la fría playa de Quidico a rumiar mis dolores.

Rescato una taza, caliente agua para un café, me paro en frente de la ventana que da hacia la calle... me asombra la oscuridad que antecede al alba, es rara, fría... es como yo. El hervidor ya avisa que el agua esta lista, preparo un café, voy por mi bata y me siento en la terraza. Los recuerdos de tiempos mejores se asoman en tumultos, me recuerdan a alguien ajeno a mí, se supone que en algún minuto de la vida fui feliz, ya es lejano.

Enciendo un cigarrillo sin fumarlo, el humo de él me abraza. Cómo desearía tener la valentía de los suicidas, terminar con la vida de una vez. No puedo, tengo el cuadro mental de un inconsciente, sin embargo, carezco de la fuerza de tomar un arma y descargar una bala sobre mi sien.

Me paro y camino hacia mi cama, me tomo una pastilla para dormir. Quizás el amanecer traiga nuevas esperanzas, una nueva razón de abrir los ojos. Escucho pequeños pasos y una suave voz que dice mami puedo dormir contigo. Me recojo junto a el pequeño, hundiendo mi cabeza en su pequeña espalda mientras me relata su sueño... “Mami, la pandemia se irá pronto, soñé con ello” ... Él tiene esperanzas, yo ya no.

MENCIÓN HONROSA. Los Chichos

Bárbara Bustíos Casanova

40 años

Arquitecta Unidad de Infraestructura Escolar, Departamento de Planificación. Secretaria Ministerial de Educación.

“Mira Chicha! Primer caso de COVID en Chile...”

Había aparecido el primer caso y lo estaban informando por la tele. Sabíamos (y lo habíamos conversado anteriormente) que en algún momento llegaría a Chile, pero ahora estábamos concentrados en tu pronta recuperación. El tratamiento contra el cáncer iba mejor, pero la caída en el baño con el resultado de “fractura de cadera” había mermado los pequeños avances que tenías.

“Chicho hoy me prometiste que comenzaríamos con los ejercicios.” Te lo dije mientras te masajeara los pies. Los efectos secundarios de los remedios contra el cáncer habían comenzado a notarse y el edema avanzaba por tu cuerpo.

Y sí, esos eran nuestros sobrenombres de pareja: Chicho y Chicha.

Siempre me decías “Mi Chichicha, porque eres chiquitita.” Jamás pensé que seríamos de ese tipo de parejas, de las que usan sobrenombres, si éramos dos viejos rockeros que se conocieron en una desenfadada noche de “rock n’ roll” y que ahora luchábamos contra tu maldito cáncer.

Pero sí, éramos de ese tipo de parejas...El Chicho y la Chicha.

Los casos de COVID aumentaban en Chile, y tuve mucha suerte de comenzar a trabajar como funcionaria pública en un trabajo estable. Antes, como independiente no hubiese podido soportar lo que viviría.

En marzo comenzamos a trabajar en modalidad de teletrabajo, desde la casa; ¡estabas tan feliz! Ahora estaríamos todo el día juntos y podría cuidarte como querías que lo hiciese.

Yo ya había comenzado con los tics en mi cara y el ahogo en el pecho, todo debido al estrés, pero era mi deber cuidarte. Ya no contaba con el apoyo de tus amigos para tus cuidados, no podíamos recibir visitas, eras un paciente de riesgo y no podíamos exponerte.

Pasaron los días, semanas y meses. Yo cada vez más cansada, pero no podía flaquear. Muchas veces salía de nuestra pieza para llorar. Hablaba con familiares y amigos, pero no podían darme más que consejos y palabras de aliento.

Cada compra, cada salida, era un momento de terror para mí. Estaba segura de que había tomado todas las precauciones: alejarme de conglomeraciones, ¿toqué algo? Si fue así me debo haber echado alcohol gel, aguantar la respiración al pasar por al lado de la persona que venía con la mascarilla en el mentón...y todo lo que habían indicado las autoridades más invenciones mías como lo último: aguantar la respiración.

Dolor, paciencia y amor.

El edema había avanzado por todo tu cuerpo, estabas todo hinchado y no soportabas el dolor. Para aliviarlo te hacía masajes, te encantaba y estábamos horas, conversando y soñando:

“¿Sabes Chicha? Comenzaré a dedicarme al aeromodelismo, de repente podríamos comprarnos una casita con un terreno grande y tener varios animalitos y plantitas que a ti te gustan”

“Sí Chicho, eso haremos”.

Siempre llegábamos al mismo tema, yo te decía que nos enfocáramos en volver a caminar y tu tratamiento. En el fondo creo que sabías que no ibas a poder hacerlo, pero era mejor pensar que sí.

Los viajes al Hospital eran un martirio. Siempre comenzábamos discutiendo; “Ponte bien la mascarilla Chicho” “Cuidado! ¡No vayas a tocar nada!”. Los doctores siempre nos daban esperanzas de que todo mejoraría, así que al regreso siempre nos animábamos un poco.

Pero, después de tu última hospitalización, los doctores me dijeron “no hay nada que hacer, es mejor que pase sus últimos días en la casa”. No alcancé a analizar esas palabras, tú sólo querías volver, yo ya estaba agotada y sólo pensé en que tu estadía fuese lo más cómoda y placentera posible.

Así que eso hice.

Te traje aquí, te alimenté, te limpié, te cambié los pañales. Jamás quise hijos y aquí estaba, tratando a mi pareja como a un recién nacido. Amor, paciencia, dedicación, amor, paciencia, amor, amor.

¿Cuántas veces me pediste perdón por hacerme esto? ¿Cuántas veces me pediste morir? Eso fue todo lo que pude darte; amor y protegerte del maldito bicho.

Esos fueron tus últimos días. Tuviste un hermoso funeral, lleno de amigos y familiares. Duró 2 días, poca gente tuvo ese privilegio. Habíamos sobrevivido a la “Primera Ola de contagios” de la Pandemia.

Y te fuiste en paz. Tus últimas palabras “Gracias, te amo mucho y ahora quiero que te dediques a ti y que seas feliz, te lo mereces”.

Sé que para la gran mayoría del mundo lo vivido el año 2020 parecía ser una película apocalíptica de ciencia ficción: las muertes, las angustias y el encierro. Pero para mí fue el año en que di todo de mí, especialmente de paciencia y amor, sobre todo amor y no el de palabras sino el con hechos.

Ahora estamos en la “Segunda Ola” Chicho, los números son peores que en la primera, pero sé que estarás conmigo protegiéndome, porque sí, y tal como lo dijiste: seré feliz y me lo merezco.

MENCIÓN HONROSA. En el Otoño de sus Vidas

Héctor Torres Cerna

59 años

Inspector Unidad de Administración, Secretaría Regional Ministerial de Educación Araucanía.

Al abuelo Juan y la abuela Aurelia siempre se les veía muy unidos y juntos por las calles de la pequeña localidad de Reumen, un lugar ubicado en la comuna de Paillaco y que tuvo su época de esplendor cuando fue ramal de Ferrocarriles del Estado en tiempo de la bonanza de la madera, allá por inicio del siglo XX y que ahora sin aquella vital materia prima se convirtió en un pueblo compuesto por gente en su mayoría adulta, los cuales ven pasar el otoño de su existencia de una forma tranquila y armoniosa, sin que ocurran acontecimientos importantes que cambien la monótona vida en ese olvidado lugar.

Ambos protagonistas de esta historia, vivían en una casa de madera muy antigua, cerca de la Estación de Ferrocarriles del Estado, la cual tenía un sitio muy grande, en donde resistían el paso del tiempo viejos ciruelos, cerezos y algunos perales que en su conjunto embellecían el patio de la casa; allí se podía ver corretear algunas gallinas, una mancuerna de patos chinos que chipoteaban alborotados en el barro y un perro quiltro que ladraba prácticamente todo el día y que su entretención máxima era jugar a morderse la cola haciendo entretenidas piruetas.

Ellos se conocieron y casaron en ese pequeño villorrio cuando eran muy jóvenes y producto de esa unión trajeron al mundo tres hijos varones que criaron con mucho sacrificio y amor. Pero debido a la falta de oportunidades, los tres tuvieron que emigrar para el vecino país de Argentina, donde se establecieron y formaron sus propias familias, y que debido a la lejanía visitaban en contadas ocasiones a aquel par de viejos solitarios.

El abuelo Juan había trabajado toda su vida en Ferrocarriles del Estado y por ello contaba con una humilde pensión que les alcanzaba para vivir en forma muy austera, no se daban grandes lujos, pero vivían en forma digna y nunca molestaban a nadie con alguna falta, pagando siempre sus cuentas en forma puntual y ordenada.

La abuela Aurelia se conservaba muy bien de salud, siempre afable y querendona. Ella en su mejor época había ejercido el oficio de partera, por lo cual era muy conocida y respetada en la zona.

De hecho, había traído a muchos de sus actuales vecinos al mundo en tiempo en que los servicios de salud quedaban muy distantes y por lo tanto era muy dificultoso para ellos y prácticamente imposible llegar a tiempo al hospital cuando se le presentaban los síntomas de parto a las mujeres del lugar y sus alrededores.

En contadas ocasiones, la abuela Aurelia cobraba por la atención y el servicio, conformándose siempre con un poco de mercadería con lo que ella ayudaba a la economía del hogar.

A su manera, estos abuelitos entendieron el tema de la pandemia, que la había producido un virus que llegó de China, que según decían las noticias, era muy peligroso y que atacaba con mayor facilidad a las personas adultas, diabéticos e hipertensos, justamente al grupo etario al que ellos pertenecían.

Ya en Reumen, ellos se enteraron de que había muerto un vecino producto de esta

mortífera enfermedad, por ello decidieron abastecerse de cuanta mercadería pudieran y se encerraron en su casa para salir en contadas ocasiones.

Fue una mañana del mes de abril, en que la abuelita Aurelia notó muy decaído a su esposo y con gran dificultad para respirar, mucho dolor muscular y molestias en la garganta. Ella como señora a la antigua que era, le dio un té pectoral con tilo y limón y lo arropó con mucho amor y esmero. Ya en la tarde notó que Don Juan se había agravado y casi no respondía a sus medicamentos caseros. Corrió a donde su vecina Eulalia a quien le suplicó que llamara una ambulancia, la que se llevó al paciente con todos los resguardos correspondientes, dejando a la abuelita sola en aquella triste morada.

A la mañana siguiente, llegó la vecina muy temprano con la lamentable noticia que Don Juan había fallecido producto del Coronavirus y que era necesario, que ella también se internase en un lugar especialmente habilitado para pacientes que habían estado en contacto con enfermos de este contagioso virus.

Cuando ella recibió la noticia de boca de su vecina, de sus pequeños ojos color ceniza brotaron lágrimas de inmenso dolor. No le quiso contar a la buena señora que ella estaba padeciendo los mismos síntomas y pidió que la vinieran a buscar al día siguiente.

Muy temprano por la mañana, llegó doña Eulalia a tocar la puerta de la casa de su vecina, y al sentir que ella no respondía a sus llamados, forzó la puerta, encontrándose con el más terrible y desolador de los panoramas: doña Aurelia yacía inerte encima de su cama arropada con su chal azul, aquel con el que se le veía siempre por las calles de su pequeño pueblo cuando se paseaba alegre y desenvuelta del brazo del hombre que había sido el compañero de toda su vida.

MENCIÓN HONROSA. Exámen PCR Negativo

Pamela Rodríguez Díaz

50 años

Supervisión Depto. Provincial de Educación de Santiago Sur.

I

El sonido del teléfono la despertó de repente. Abrió los ojos y se quedó mirándolo. Alé pensó que todo era culpa del encierro, lo sintió dentro suyo cuando murió su madre, al inicio de la pandemia, ella no supo cómo actuar, de haber tenido hermanos podría haber sido más fácil decidir qué hacer, pero ella vivía sola con su madre y desde que ella enfermó se había alejado de sus familiares y amigos.

¿Qué debo hacer ahora?, le preguntó a la doctora que la llamó para anunciar la terrible noticia.

Debe venir al hospital a buscar el certificado de defunción y acudir a la funeraria. Respondió la doctora. Alé se sintió más sola que nunca...

Lloró en su cama, lloró en la cama de su madre, lloró mientras se duchaba, se recostó en la cama de su mamá y pensó en qué ropa sería la mejor para llevar al hospital y vestirla. Pensó en llamar a alguien, pero estaba tan confundida que prefirió pensar en eso después.

Señorita, no se puede entrar al hospital- le dijo el guardia al entrar al estacionamiento.

... - no sabía que decir- Me acaban de llamar- balbuceó. No podía decir lo que le pasaba.

¿Señorita está restringido el acceso por la cuarentena, a que viene usted?

... Me acaban de llamar para avisarme que mi mamá falleció.

Pensó que esta frase le iba a provocar un gran dolor, sin embargo, fue tan automática su respuesta que no le causó nada, su corazón estaba en suspenso, su mente en blanco.

No tengo indicaciones para atender su caso, deme unos minutos para preguntar.

Fueron largos minutos, en realidad Alé no supo cuántos, desde que recibió el llamado había perdido la noción del tiempo, sabía que tenía muchas cosas que hacer, pero no lograba organizarlas en su cabeza.

¿A qué piso se dirige? El guardia interrumpió los pensamientos que no tenía en su cabeza.

¿Qué piso?, ella no supo qué decir.

¿Señorita, en qué piso está su mamá?, insistió el guardia.

No lo sé- volvió a balbucear.

Ingrese- dijo el guardia- recuerde su mascarilla, no puede sacársela.

II

Caminó por los pasillos del hospital sin saber hacia dónde ir, quiso tomar un café, pero la cafetería estaba cerrada, recordó las caminatas que tenía con su madre, al comienzo de su enfermedad, cuando juntas recorrían los largos pasillos del viejo hospital, buscando distraerse con los cuadros de valientes mujeres que marcaron la historia de la medicina.

Se preguntaba a qué piso debía ir, pero se distraía mirando a las pocas personas que estaban ahí. La realidad era que la afluencia de público había bajado mucho producto de la pandemia, ya que sólo se atendían los casos de Covid o las situaciones realmente urgentes. ¿Sería su situación realmente urgente?

Nuevamente no hilaba bien sus pensamientos, pero ya estaba dentro del hospital.

¿A quién llamar?

Aún no podía pensar en eso... quizá sería bueno buscar solo una persona quien avisarle y que se encargara de avisar a todo el resto, pero ¿quién?

III

Buenos días, señorita-esperaba que su voz fluyera por entre la mascarilla que llevaba puesta- busco información de mi mamá su nombre es ...

Buenos días- respondió muy amablemente la recepcionista. Su mamá fue trasladada al piso 4 anoche, pero están prohibidas las visitas, ¿a qué viene?

Me avisaron que falleció hoy en la mañana- nuevamente respuesta automática.

Vaya al piso 4 y pida hablar con la doctora ... ella le entregará la información y el certificado de defunción.

Voy al piso 4,

voy al piso 4 y pido hablar con la doctora ...,

voy al piso 4, pido hablar con la doctora ... ella me entregará la información,

voy al piso 4, pido hablar con la doctora ... ella me entregará la información y el certificado de defunción.

Cuando el ascensor se detuvo en el cuarto piso sintió como se enfriaba su cuerpo, no quería llegar al piso 4, ni hablar con ninguna doctora, caminó lentamente por el pasillo hasta llegar a la puerta usó un citófono para hablar con la doctora ...

La doctora ... salió a conversar con ella, tenía un modo amable mientras le relataba los últimos minutos de vida de su madre, Alé pensaba lo grato de su tono de voz, una voz cálida, dulce para tan amargas noticias. Le explicó que, por protocolo de salud, le debieron tomar el examen PCR, pero Alé, nuevamente, no escuchó.

Juntas revisaron el certificado de defunción, todos los datos estaban, lamentablemente, bien escritos.

IV

El servicio funerario llegó cuando ella estaba en anatomía patológica, abrazada a la ropa que no le dejaron ponerle, ni siquiera pudo verla, el protocolo de nuevo. Cuando entró a la sala hacía frío, el encargado le indicó que firmara "el libro".

Firmar el libro,

Un libro de quien sabe qué... pero lo firmó.

Siguió la carroza hacia el cinerario, no había cortejo, no había flores...

¿A quién podría llamar? Pensó en una prima, que le avisara a su mamá y así poder tejer una red de apoyo, una vez más lo dejó para más adelante.

Todos los trámites los realizó como un autómata, no pensaba, se sentía suspendida en una nube arrastrada por el viento.

Sola en una capilla, le dejaron unos minutos para despedirse de su madre, ¿despedirse? Que rara la palabra, ¿qué podría significar? ¿A quién iba dirigida? ¿Cómo hacer para desmenuzarla hasta hacerla desaparecer? ¿A quién podría llamar?

El proceso demora tres días le habían informado, de modo que se fue a su casa, estuvo sentada en el viejo sillón donde su madre acostumbraba a descansar, hasta que las luces de las calles comenzaron a luchar contra la oscuridad de la noche. Se preparó un tazón de té,

ese té que acostumbraban a beber juntas y así se fue a la cama, pensó una vez más a quien llamar, pero una vez más, su cabeza divagó a otros temas y sin darse cuenta se durmió.

V

El sonido del teléfono la despertó de repente. Abrió los ojos y se quedó mirándolo.